



«Lo que llamamos camino es vacilación». Sobre la noción de camino en los «aforismos» de Kafka

Valentín Brito*

Es gibt ein Ziel, aber keinen Weg;
was wir Weg nennen, ist Zögern
Kafka

“Hay solo un destino, pero no hay camino; lo que llamamos camino es vacilación”, dice el “aforismo” tachado que continúa al número veintisiete y antecede al veintiocho en la serie de los 109 *Aforismos*. Pero si sumamos los aforismos tachados por Kafka, que el editor, nadie menos que Max Brod, incluyó en las *Gesammelte Werke* (1953), y restamos el 104 que fue eliminado, incluso por el propio autor, intuimos que tendríamos un total de 112 aforismos. De entrada, los títulos y catálogos resultan engañosos. El fragmento que encabeza este trabajo es un intento fallido, por lo menos a los ojos de Kafka, que debía o bien reformularse o bien eliminarse, y que, no obstante, quedó como escoria de una herrería inconclusa, aún en pleno desarrollo. Y quizá es allí donde debemos buscar la fuerza de estas pequeñas piezas, de estos intentos que no terminan de acabarse del todo, como los miembros de una materia incesante que se escapa, incluso, a la mano que desea ordenarlos. Es por eso que cierta crítica, atenta a la dificultad que estos textos proponen, opta por buscar lo necesario y olvidar el carácter independiente de estos supuestos “aforismos”. Otra parte de la crítica, más afinada, ha optado por acercarse a estos textos en toda su complejidad, a fin incluso de perderse si resulta necesario. Es el caso de Werner Hoffmann (1988)¹, que busca una renovada mística judía en los aforismos y, de hecho, para su suerte, parece hallarla. Diferente es el caso de Roberto Calasso (2005), que atiende a la historia de la configuración de estas piezas, al trabajo material con el papel y la palabra que Kafka

1Hoffmann, W. *Los aforismos de Kafka* (1988, pp. 30-170).

* Universidad Nacional de Córdoba / valentinbritovale@gmail.com

realiza y a la discontinuidad que implica volver sobre estos textos que, en su engañosa brevedad, atentan con desmontar la lógica de cualquier interpretación. Sin embargo, Calasso acierta al observar la brevedad y limpidez de estos fragmentos que no pueden ser entendidos en términos de “aforismo”, si esto implica la “sentencia”. Imposible exigir a estas piezas cualquier amplificación o concatenación, cualquier redundancia, estos fragmentos se rebasan a sí mismos². Como si cada pequeño texto estuviera signado por un esfuerzo por superar al anterior y no en un afán de concatenación, Kafka, que estaba enfermo de conocimiento, busca ahora ir más allá del conocimiento: “Nadie se puede conformar con el conocimiento solo, sino que tiene que esforzarse por actuar de acuerdo con él”, de modo que: “a tal fin no le ha sido dada la fuerza suficiente, de ahí que tenga que destruirse a sí mismo, aun corriendo peligro de no recibir por ello la fuerza necesaria; más no le queda otra cosa que este último intento [*Versuch*]” (Kafka, 1988, p. 21). A quien intenta ir más allá del conocimiento le será grata tan solo la suerte del intento o tentativa, que el idioma alemán condensa en la palabra *Versuch*. Es allí donde quizá podamos encontrar un indicio de clave, más que una clave, ya que adentrarse en estos fragmentos es necesariamente escabroso, en consecuencia, se corre el riesgo de destruirse uno mismo. Estos intentos, cada uno a su manera, desde el primero hasta el último, incluyendo los anulados y los innumerados, son un aviso de la empresa que Kafka entendía como el único *camino* posible para él. Es por eso que la noción de camino (*Weg* y sus derivados *Fahrt*, *Gang* o *Gangart*) resulta acertada para acercarnos a estos fragmentos, entendidos como intentos en proceso, como tentativas de un camino posible aún en su imposibilidad. Camino que solo Kafka podía emprender.

Los fragmentos que tratan explícitamente la noción de camino son los números 1, 13, 15, 21, 27*³, 38, 39b, 45, 76, 77* y 89. Sin embargo, en general, los temas abarcados en todos los fragmentos son discontinuos, tienen resonancias diversas: se habla del pecado, del paraíso perdido o

2 Calasso, R. K. (2005, pp. 319-334).

3 Cada vez que se mencione un número seguido de un asterisco (*) debe entenderse que no nos referimos al fragmento numerado en concreto, sino al fragmento anterior a dicho número que fue tachado por Kafka e incluido, sin numeración alguna, por Max Brod en la edición final y ha señalado, además, con una estrella el inicio de cada fragmento como una suerte de nomenclatura para diferenciarlos, según la edición del 53.

de lo divino, solo por dar ejemplos evidentes, pero no se podría afirmar que dos fragmentos traten el mismo tema del mismo modo. Así, a veces el camino “verdadero” es una especie de cuerda tendida apenas contra el suelo, “parece destinada más a hacer tropezar que a que se camine por ella” (Kafka, 1988, p. 9), pero otras veces el camino es donde sale al encuentro de uno la divinidad, mientras se es llevado de una celda a otra: “Tiene cierta influencia que, durante el traslado [*Gang*], se presentará casualmente el Señor para ver al prisionero y decir: ‘No volváis a encerrar a éste. Viene conmigo’” (Kafka, 1988, p. 11). Está claro que el camino es algo que necesariamente ha de recorrerse, por más que uno no lo desee, ha de tropezarse con él, por eso “ponte de parte del mundo”, porque es allí donde yace el camino (Kafka, 1988, p. 16). Puede optarse por la velocidad, azuzando los caballos, como reza el fragmento 45, pero la velocidad no traerá consigo la felicidad ni mucho menos la anulación del dolor. Se trata más bien de salirse del carruaje, poder destruir las riendas que nos ligan al carruaje, que nos orillan a la carrera inservible, porque es una carrera que no fuimos capaces de elegir: “no arrancar el bloque de su asiento [*Fundament*], lo que es imposible; sino destrozar las correas y, así, el alegre viaje vacío” (Kafka, 1988, p. 15). Si la primera señal del conocimiento es el deseo de querer morir, porque “esta vida parece insoportable; otra, inalcanzable”, resultará más fácil ser llevado de una jaula odiada a otra que se aprenderá a odiar, esperando a que el Señor aparezca para liberarnos: es la salvación de quien solo espera. Sin embargo, Kafka no podía esperar más. Al igual que Pascal –quien fue uno de sus maestros en el arte fragmentario– entiende que la costumbre, la base o *Fundament* del carruaje, moldea a la vez que retiene. Uno no puede librarse de la cultura donde ha sido formado, pero sí puede destrozar las riendas que lo ligan a una carrera ajena. Solo entonces el camino aparecerá como “alegre” a la vez que “vacío”, cuando ha cesado la velocidad impuesta, de modo que “el espíritu solo se vuelve libre cuando deja de ser sostén” (Kafka, 1988, p. 20). Pero el problema verdadero solo acaba de presentarse, una vez lanzado del carruaje... ¿A dónde irá el hombre? ¿Podrá realmente hacerse cargo de cada paso en el vacío que tiene en frente y alrededor? Uno quisiera decir no a la incesante marcha del mundo (“Aquí no echo anclas”) y de repente siente cómo la ola lo rodea y arrastra. Sin embargo, queda la respuesta que el mismo Kafka pudo otorgarse y que, con el miedo de caer en la categorización, tachó: “Acechando, angustiosa, esperanzada rodea la respuesta a la pregunta, busca con deses-

peración [...] la sigue por los caminos más absurdos, es decir, los que más apartan de la respuesta” (Kafka, 1988, p.19). Es la indeterminación de los caminos el obstáculo principal para avanzar conforme a una respuesta. Por eso, antes de cualquier acción que salve al mundo, la tarea reside primero en uno mismo: “Tú mismo eres la tarea. No hay ningún discípulo a lo largo ni a lo ancho” del camino vacío y alegre. (Kafka, 1988, p.12).

Kafka había llegado a un punto límite al momento de escribir estos fragmentos. Ya al amparo de su enfermedad, que le permitía desligarse de Felice y del trabajo, tenía ante sí la inmensidad del camino, la inmensidad de los campos de Zürau. Pero rápido es su desencanto, las “ratas” durante la noche, como escribe a Brod, Baum y Weltsch en reiteradas cartas, lo amenazan, impiden su trabajo. Anota en los *Diarios*: “Miedo a la noche, miedo a la noche” (Kafka, 2015, p. 508) luego de los primeros días en Zürau. Aún en la tan ansiada libertad, aún lanzado del carruaje, la imposibilidad de escribir sigue lacerando su destino: “En la paz no avanzas, en la guerra te desangras” (Kafka, 2015, p. 503). Kafka se había reducido en todas las otras direcciones, escribir constituía el único fundamento de su existencia, pero cuando más cerca parece estar de lograrlo, más patente es su fracaso, como en la mística judía: cuando más cerca está de fundirse el principio femenino con el masculino para restituir el orden primigenio, más cerca está la tentación: el Árbol del Conocimiento y con ello, la caída (*Sündenfall*). La expulsión del paraíso es inevitable. Kafka se estanca, se pregunta si quedan fuerzas a su espíritu para su trabajo, “el mayor de todos” (Kafka, 2015, p. 505), pero se embota, no puede comenzar. Es entonces que tenemos la sección de los “cuadernos en octavo” (*Die Oktavhefte*) que en la edición del 53 preparada por Brod aparecen separados de los *Diarios*. Cuando uno se acerca a los cuadernos en octavos se sorprende de tantos fragmentos, tantas piezas inconclusas, que algunas han pasado a la posteridad, como “El silencio de las sirenas” o “La verdad sobre Sancho Panza”, pero más sorprende encontrar, al inicio, al final o al medio de estas anotaciones “diarias”, los fragmentos que conformaron luego los “aforismos”. Kafka, haciendo economía de sus fuerzas y, trabajando con esa reducción al mínimo que era su virtud principal, escribe y fragmenta. Kafka emplea el proceso inverso a Pascal –que escribía pequeñas sentencias y desde ese núcleo primordial se expandía hacia piezas más generales–, él atomiza,

recorta y separa⁴. Y no conforme con eso, aún encuentra fallos, aún le parecen imperfectas sus creaciones. El escrúpulo de rigurosidad impide dar cualquier tarea por concluida. Es por eso que el trabajo que aguarda a Kafka es el mayor de todos: porque resulta interminable, su esfuerzo carece de fin, así como de esperanza su pasión (Blanchot, 2018). Sin embargo, la esperanza o su ausencia no importan una vez iniciada la marcha incesante donde el camino vendrá a reconciliarse con el destino.

Si hay algo que Kafka hace en Zürau es leer y releer. Retoma lecturas de místicos judíos, de Tolstoi y de Kierkegaard. En este último, que Kafka ya había revisado años atrás, reconoce un auxilio. Para Kierkegaard es la falta de espiritualidad lo que extravía al hombre. El extravío consiste en una seguridad siempre satisfecha, de ahí que estos hombres no se angustien, y que no puedan tomar nada “a pecho como auténtica tarea” (Kierkegaard, 1984, p. 127), en consecuencia, viven como idólatras del instante, de lo material o de cualquier charlatán. El punto opuesto es la figura del *genio*, que para Kierkegaard se cifra en un sujeto capaz de leer el “texto invisible del destino” en la proximidad de las cosas. El genio todo lo puede, sin embargo, está pendiente de una bagatela que a nadie interesa, pero es en esa bagatela donde el genio cifra su destino. Es en la nimiedad, en las piezas microscópicas, como los fragmentos de los “aforismos”, en donde Kafka pudo encontrar el suyo. Pero no debe verse solo a la literatura como la bagatela del supuesto genio kafkiano, a la que, no obstante, Kafka rendía una devoción insaciable, sino en el *modo* de encarar esa cosa indefinible que llamamos vagamente literatura. Al fin y al cabo, es el modo lo que hace al camino, *Gangart* o manera de andar, manera de transitar el camino. El fragmento 89 propone el problema de la libre voluntad del hombre. El hombre es libre si elige su “forma de andar” o “marcha”, pero el camino es tan laberíntico que no puede evitar perderse. De eso resulta que, en lo fundamental, no hay tres tipos de voluntades y, en realidad, “no hay lugar para ninguna voluntad, ni para la libre ni para la sierva”. Nuestros destinos están oscuramente sellados, pero solo al genio corresponde ver el texto invisible del destino en lo inmediato.

“Lo que llamamos camino es vacilación”, más que un reproche resulta un descubrimiento. La palabra empleada por Kafka es un verbo sustanti-

4 Kafka llega incluso a copiar cada “aforismo” en hojas individuales de 14,5 x 11,5. Para más detalles del proceso de atomización de los “aforismos” véase Calasso, 2005, pp. 324-325.

vado, *Zögern*, que significa vacilar, pero también no decidirse, retardar, ir de acá para allá, sin objetivo (*hin- und her, ohne Zweck*). Es en la ambigüedad de la noción de Destino (*Ziel*) donde Kafka juega su existencia completa, ya que el destino general es la muerte, que está cerca de la divinidad por ser un pasaje a lo absoluto (*Ziel als Tod*). Solo en la muerte las cosas vuelven a un estado de total completitud: “No hay un haber, solo un ser, un ser que anhela el último aliento, que anhela asfixiarse” (Kafka, 1988, p.13). Sin embargo, está la otra dimensión del destino, la individual, la funcionalidad que cada uno puede o no asignar a su vida, al destrozar las riendas del carro: el destino como objetivo (*Ziel als Zweck*). La angustia persiste enmascarada aún en los hombres sin espiritualidad, es decir que la angustia es permanente, pero se hace más insoportable cuando se mantienen separadas las dos dimensiones del destino. Aquel que logra encauzar su destino a la vez que retarda la muerte; no será más feliz, sino menos desdichado, pero estará en consonancia el camino trazado con el destino inaprehensible, lo negativo y lo positivo. “Todavía se nos ha encargado hacer lo negativo; lo positivo ya nos ha sido dado” (Kafka, 1988, p. 12). Kafka entiende la ambigüedad del destino de modo que encuentra la forma de conjugar ambas dimensiones del destino, aunque “encontrado” no signifique menos doloroso. Kafka entiende su tarea como infinita, al igual que el camino: “Tan firmemente como la mano agarra la piedra. Pero la agarra sólo para arrojarla tanto más lejos. Pero también a esa lejanía lleva el camino”. Penosa alquimia es la literatura, una vez que un trabajo se ha concluido, se arroja más lejos la piedra y se debe comenzar de nuevo, “el camino es infinito, no hay nada que quitar, nada que añadir y, sin embargo, cada uno agrega todavía su vara infantil. ‘Ciertamente tienes que recorrer también esta vara de camino, nada se te va a olvidar’” (Kafka, 1988, p. 14)⁵. Kafka, menos preocupado por su enfermedad que por su destino, ha descubierto la clave, el modo. De allí el sufrimiento incesante: escribir, no escribir, volver a escribir, no poder dejar de escribir. Descubierta la oscura lógica que el destino ofrece, intuita más allá del cristianismo y del judaísmo, de la tradición y de las lecturas realizadas, sólo Kafka puede leer en la inmediatez su situación. Anota en el *vierte Oktavhefte*: “Yo, no obstante, no fui guiado a la vida por la mano del cristianismo, que ya se hundía

5 Años más tarde escribe a Milena: “Es cierto que es una comprobación, pero solo una comprobación hecha en el camino y el camino es interminable” (Kafka, 2008, p. 22).

pesadamente, como Kierkegaard y no atrapé la última punta del manto de plegaria judía que volaba como los sionistas. Soy el final o el comienzo” [“Ich bin nicht von der allerdings schon schwer sinkenden Hand des Christentums ins Leben geführt worden wie Kierkegaard und habe nicht den letzten Zipfel des davon- fliegenden jüdischen Gebetsmantel noch gefangen wie die Zionisten. Ich bin Ende oder Anfang”] (Kafka, 1953, p. 121)⁶. Si se decide por cualquiera de los caminos *ofrecidos*, su fin es claro, deberá permanecer desdichado y, para colmo, sin motivo positivo; si opta por el comienzo, la tarea será interminable, pero será, de aquí en adelante, un destino integrado, cifrado en cada intento, en cada *Versuch*, en cada trabajo recommenzado. Uno de esos intentos, quizá el más cercano a una respuesta, fue el fragmento 90: “Dos posibilidades: hacerse infinitamente pequeño o serlo. Lo segundo es perfección, por lo tanto, inactividad; lo primero, comienzo, por lo tanto, acción” (Kafka, 1988, p.23). El escritor se hace infinitamente pequeño, solo a favor de que su arte persista. El arte, si se atreve a buscar la perfección que, claro está, no tiene de antemano, requiere la acción. Si bien fracasado en todos los otros ámbitos terrestres, el esfuerzo mayor de Kafka se da aquí, en el *eterno comienzo*, en la lucha reanudada una y otra vez. Quizá por eso, años más tarde, cuando escribe a Milena recordando la “mejor época” de su vida, refiriéndose claramente a Zúrau, donde llevó a un punto sin precedentes su capacidad de creación a la vez que suturaba la escisión de su destino. Y no se trata de una mera “revelación”, sino más bien del enfrentamiento a lo “indudable” que en el mismo había: “Y, sin embargo, no debiste modificarte mucho, solo reajustaste los antiguos y estrechos contornos de tu naturaleza” (Kafka, 2008, p. 72). Lo “indudable” es solo otra modulación de “lo indestructible” que todo hombre necesita para poder vivir: “El hombre no puede vivir sin una confianza duradera en que hay algo indestructible en él; tanto lo indestructible como también la confianza en ello pueden permanecer constantemente ocultos” (Kafka, 1988, p. 16). El logro de Kafka –uno de los pocos de su vida– es haber descubierto lo oculto para sí mismo.

¿Está emparentada la doble dimensión de destino con lo divino? Quizá. No es este trabajo un lugar donde esa pregunta pueda responderse. El problema es que Kafka se ocupa de cuestiones que atienden al hombre en y más allá del mundo inmediato. Es de entender, entonces, que se quiera ver en su obra una renovada defensa de la ortodoxia. De ese modo, Max

6 La traducción es propia.

Brod publica los fragmentos con el título de *Consideraciones sobre el pecado, el dolor, la esperanza y el camino verdadero* [*Betrachtungen über Sünde, Leid, Hoffnung und den wahren Weg*]. Interesante es señalar que Brod comete el mismo error que años atrás había cometido Kurt Wolff, el editor de Kafka que, como buen comerciante, intentó crear una “saga” kafkiana. ¿A qué nos referimos? Como el primer libro del autor checo se tituló *Contemplación* [*Betrachtung*], entonces todo lo que se editara bajo el nombre de Kafka serían “Contemplaciones” o “Nuevas contemplaciones” [*Neue Betrachtungen*]⁷, como Wolff tituló, sin el permiso del autor, su segundo libro. En esa misma línea se inserta Hoffmann, que –a la inversa de Kafka, que lee la Cábala desde la literatura– lee la literatura desde la Cábala. Incidentalmente, Kafka encuentra a Maimónides y a los místicos sefardíes. El problema es que Kafka, como el mismo Hoffmann admite, había tenido un contacto “de segunda mano” con los textos místicos judíos (1988, p. 152), es decir que podemos encontrar en Kafka una tendencia a la paradoja, pero no significa que encontremos una defensa de la ortodoxia judía. Como Scholem aclara (1988, pp. 109-110), el pensamiento de la Cábala judía es claramente *asintótico*, es decir, que se expresa a través de imágenes que nunca alcanzan a esclarecerse por completo, de modo que los símbolos preponderan por sobre los conceptos. He allí lo que Kafka toma, nada más. En consecuencia, su literatura nos asombra y desconcierta a la vez, de ahí que nunca estemos seguros de lo que se dice, pero lo intuimos oscuramente. En los fragmentos, Kafka lleva al extremo el trabajo simbólico por sobre el conceptual, cada pieza es un intento renovado, irreductible al anterior, de imágenes cuyo significado, cerca de la paradoja muchas veces, se escapa: el fragmento incita a la fuga. Sin llegar del todo a creerlo, hemos hallado, quizá, una guía, un sendero. El camino propuesto por Kafka no es para nada el *camino verdadero*, sino *su* camino verdadero. Tangencialmente, también nosotros podemos interrogarnos por el nuestro, pero el camino siempre vuelve a empantanarse y he allí que uno deba limpiarlo a la vez que lo transita. El trabajo es incesante: “Como un camino en otoño: ya casi barrido por completo, se vuelve a cubrir de hojas secas” (Kafka, 1988, p.11).

7 Para más información con respecto a este episodio, véase Stach, R. ¿Éste es Kafka? (2022, pp. 118-119)

Referencias

Blanchot, Maurice (2018). *De Kafka a Kafka*. México: Fondo de Cultura Económica.

Calasso, Roberto (2005). *K*. Madrid: Anagrama.

Hoffmann, Werner (1988). *Los aforismos de Kafka*. México: Fondo de Cultura Económica.

Kafka, Franz (1953). *Hochzeitsvorberitungen auf dem Lande und andere Prosa aus dem Nachlaß*. Brod, Max (Ed.). *Gesammelte Werke*. Fráncfort: M. S. Fischer Verlag.

(1988) *Aforismos*. Buenos Aires: EDITOR.

(2008) *Cartas a Milena*. Buenos Aires: Losada.

(2015) *Diarios*. Buenos Aires: Buenos Aires: Debolsillo.

Kierkegaard, Søren (1984). *El concepto de la angustia*. Barcelona: Ediciones Orbis S.A.

Scholem, Gershom (1988). *La cábala y su simbolismo*. Buenos Aires: EDITOR.

Stach, Reiner (2022). *¿Éste es Kafka? 99 hallazgos*. Barcelona: Acantilado.

«Lo que llamamos camino es vacilación».
Sobre la noción de camino en los «aforismos» de Kafka



Lecturas de Kafka, un siglo después (La ed.)
Gustavo Giovannini y Francisco Salaris (Eds.)
Gustavo Giovannini [et al.]
Publicado por el Área de Publicaciones
de la Facultad de Filosofía y Humanidades
Universidad Nacional de Córdoba
Octubre de 2025 [Libro digital]
Esta obra está bajo una Licencia Creative
Commons Reconocimiento - Compartir Igual
(by-sa)

